

## El oasis

Por: Moaire

Aquella tarde siguió resonando durante muchas noches. Habíamos caminado años hasta olvidar el nombre de la ciudad con sótano. Era seguro desempacar las maletas, colgar cuadros de colores, andar descalzos. Nuestros domingos olían a lino y eucalipto; amanecíamos en edredones tan blancos que éramos pétalos de almendro en agua quieta. El café, espeso y en cerámica artesanal, no quemaba la garganta ni tenía posos en el fondo. En la terraza, placas solares bebían luz mientras las huertas nos regalaban un verdor que ya no enraizaba en tierra quemada. Hablábamos de derechos en tonos mayores, con cadencias mozartianas pulcras, de dominante a tónica. *Chim-pum*. Estábamos convencidos: esta vez, nadie sufría a nuestra costa.

Pero el cristal del móvil era poroso.

Cien notificaciones vibraron a la vez. Desde la pantalla irrumpió un viento de escombros que ensució las sábanas. Entre fotos de viajes inolvidables, se coló una rayuela pintada con sangre en el mapa de Gaza. Escupimos el café; sabía a gasolina y coltán. El sol de Palestina calcinó las placas. Los ojos líquidos de Khadija, Aisha y Salwa, de las que ya no eran madres, se derritieron en nuestros huertos.

Nos levantamos. Una canica estalló bajo nuestros pies descalzos. Las esquirlas de ese pequeño mundo se hundieron en la carne de nuestros talones, manchando la alfombra sintética. Volvíamos, cojeando, a esa deriva conocida.

Úrsula tenía razón. Nunca tuvimos el mapa.